

MANUEL J. GUTIÉRREZ, “*Ser*” y “*estar*” en el habla de Michoacán, México. UNAM, México, 1994; 172 pp.

En este libro, Manuel J. Gutiérrez nos presenta el estudio de los usos de *ser* y *estar* en la comunidad de Morelia, Michoacán. Se trata de un cambio lingüístico en curso, todavía en sus primeras etapas, en el que *estar* aumenta de manera progresiva su espacio semántico a expensas del dominio que tradicionalmente había pertenecido a *ser*; esto es, el uso de *estar* en contextos de cópula+adjetivo, en los que expresa la inclusión del sujeto en un marco de referencia de clase, y no individual, porque es prescriptivo. “La norma de clase describe aquella situación en la cual el hablante atribuye una característica (*alto*) al sujeto de una oración como [Pepe *es* alto] sobre la base del marco de referencia de un conjunto en el cual se encuentran todos los sujetos con los rasgos de *Pepe* (ser humano, hombre) que comparten, según el hablante, esta característica (*alto*). La norma individual, en cambio, describe un marco de referencia en el cual el hablante atribuye la característica de acuerdo al conocimiento previo que tiene de *Pepe*. Establece, por lo tanto, una comparación entre el sujeto de la oración y este mismo sujeto, pero en distintos momentos [Pepe *está* alto]” (p. 28). Este proceso se inscribe en otro mayor, de cambio más general, que viene experimentando la gramática de *ser* y *estar* desde el siglo XII o aún antes, si nos remontamos a la evolución de las formas *ESSE* y *STARE* desde el latín a las lenguas romances.

Para abordar esta investigación, el autor utilizó una metodología sociolingüística; eligió una muestra de veintiséis hablantes de Morelia, estratificada por niveles educativos, generacionales, socioeconómicos y, finalmente, por sexo. Las pruebas a las que sometió a los hablantes para obtener los datos necesarios fueron tres: la grabación de las conversaciones, un cuestionario y una evaluación subjetiva de actitudes lingüísticas.

Tanto la elección del tema como la de la metodología obedecen a la intención expresa de comparar los resultados obtenidos en Michoacán con otros hallados por Carmen Silva-Corvalán en un estudio de la comunidad de mexicano-americanos de Los Angeles (“Bilingualism and language change: The extension of *estar* in Los Angeles Spanish”, *Lan*, 62, 1986, 587-608) y, en menor medida, con los que obtuvo con su trabajo de tesis Behrend en Chicago (*The use of “ser” and “estar” by bilingual Mexican Americans in the Chicago area: A languages-in-contact study*, Hamburg, 1986) para el mismo fenómeno. Así pues, el trabajo sobre Morelia nos remite inevitablemente al presentado por Silva-Corvalán. Es allí donde encontramos la explicación de este estudio: la hipótesis manejada en la investigación sobre la comunidad de Los Angeles en que el contacto del español con el inglés acelera el cambio de *ser-estar*, pero de ningún modo es la causa interna; dentro de la comunidad de emigrantes estaba el germen del cambio. Por eso, el estudio de Gutiérrez se vuelve tan necesari-

rio: es la constatación de que en una comunidad mexicana monolingüe existe el cambio *ser-estar* y obedece a factores internos de la lengua y de la comunidad. Por lo tanto, no ha de extrañarnos que el autor utilice la misma metodología, se base en idénticas variables lingüísticas y utilice alguna de las herramientas, como el cuestionario, que tan útiles fueron para esa investigación previa. El trabajo en conjunto es muy sólido y correcto desde el punto de vista metodológico.

La Introducción (pp. 7-41), que posiblemente fue concebida al final del trabajo, sirve de marco general al estudio. El autor despliega aquí los conceptos teóricos que impulsan su investigación: el problema del cambio lingüístico y el enfoque sociolingüístico para tratarlo. Su objetivo no es sólo dar cuenta del cambio de *ser-estar* en Michoacán, sino, a través de este fenómeno particular, atender al modo en que se produce este cambio en general. Sin embargo, en la presentación de las hipótesis que tratará de corroborar parece que falta una explicación de por qué eligió estas premisas y no otras: *i*) “ciertos procesos de cambio lingüístico pertenecientes al nivel gramatical de la lengua que se inscriben dentro de un proceso de cambio más general tienden a imponerse dentro del sistema lingüístico de la comunidad hablante” (pp. 37-38); *ii*) “el proceso de difusión de un cambio lingüístico refleja la diferenciación social que existe en la comunidad en la cual el cambio tiene lugar” (p. 38); *iii*) “las situaciones de contacto lingüístico producen una aceleración en los cambios que se vienen produciendo en las modalidades monolingües de las lenguas” (p. 39); *iv*) “la enseñanza formal en la lengua de la comunidad cumple una función importante en el mantenimiento del sistema lingüístico” (p. 40).

Estas hipótesis parecen muy generales (ninguna orientada hacia la comunidad de Michoacán) y, por lo mismo, más que hipótesis parecen ideas generales concebidas a la luz de otros trabajos sobre cambio lingüístico. Las hipótesis (*i*) y (*ii*) sí pueden plantearse en el estudio de Michoacán, pero la (*iii*) sólo toma cuerpo cuando se compara con los resultados de Los Angeles y Chicago, y así lo afirma también el autor en nota a pie de página. Esta hipótesis, en los trabajos de Silva-Corvalán, Behrend y N. Dorian, (“Grammatical change in dying dialect”, *Lan*, 49, 1973, 414-438) es una conclusión. Además el autor menciona intencionalmente el caso de las migraciones: la comunidad emigrante lleva en germen el cambio en progreso, algunos factores que pudieron incidir en el lugar que dejaron los hablantes desaparecen y aparecen otros, como el contacto con la nueva lengua. Al margen de que esta argumentación sea correcta, Gutiérrez está preparando a los lectores a favor de los datos que presentará después, y aludiendo, de forma tácita, a los resultados obtenidos por Silva-Corvalán. En páginas sucesivas, establecerá una comparación entre esos resultados y los suyos propios; y es así que en lugar de aguardar para, más adelante, dar una explicación, propone como hipótesis lo que más bien es una conclusión. La hipótesis (*iv*) tampoco está formulada como tal. Aca-

so debió explicar que en la teoría del cambio lingüístico se ha comprobado que los grupos más escolarizados son los más resistentes al cambio. Si hubiera partido de esta premisa, podría haberse preguntado cuál sería el grado de mantenimiento impuesto por la enseñanza formal en el cambio observado en Michoacán en concreto.

Sigue un capítulo dedicado a la “Metodología” (pp. 43-66), en el que, tras mencionar brevemente el objetivo de la investigación, entra de lleno en la exposición del problema: la evolución diacrónica de *ser* y *estar* y la aparición en el presente de un uso innovador de *estar*, sobre el cual hay pocos estudios aún, exceptuando los trabajos ya mencionados y el de Bob De Jonge (“*Estar comes of age*”, *Linguistics in the Netherlands*, Dordrecht, 1987), en el que se tratan las construcciones de *estar* más adjetivos de edad en tres ciudades del mundo hispánico. Me parece un gran acierto el incluir el problema *ser-estar* en la evolución diacrónica; primero, porque inscribe el cambio puntual en Michoacán dentro de un proceso de cambio más amplio, que se viene produciendo desde tiempo atrás y que tiene visos de continuar; segundo, porque su trabajo se suma a otros que han estudiado la relación *ser-estar*, pero difiere de ellos en el planteamiento metodológico: el enfoque sincrónico del proceso y el uso de la sociolingüística. Sin embargo, al presentar el uso innovador de *estar*, el autor menciona que se da en “ciertas variedades del español” (pp. 46-47), pero no dice en cuáles. Esta ambigüedad deja que el lector decida cómo interpretar la frase; es adecuado que el autor deje claro que no es un cambio exclusivo de Michoacán, pero falta, al menos en una nota, que mencione a qué variedades se refiere. En los epígrafes 2.5 y 2.6 de este capítulo, se explica cómo se formó la muestra estudiada y cómo se codificaron los datos. En 1986 Gutiérrez obtuvo doce conversaciones y el año siguiente completó la muestra con las catorce restantes. Con los veintiséis hablantes elegidos se procedía siempre igual, en una primera hora se planteaban distintos temas para la conversación grabada; en la segunda sesión, siempre con unas veinticuatro horas de diferencia, se sometía a los informantes a las pruebas del cuestionario y de la evaluación subjetiva. En lo relativo a la codificación, el autor tuvo en cuenta tanto los contextos lingüísticos en que aparecía el uso de *ser-estar* como los factores sociales de la comunidad.

La variable dependiente tenía dos variantes: el uso innovador de *estar*, el uso prescriptivo de *ser* y *estar*. Las variables lingüísticas independientes fueron el verbo; el tipo de adjetivo (para establecer las variantes, tomó la misma clasificación que había hecho Silva-Corvalán, aunque ella incluyó en la variante Miscelánea los grupos: carácter moral, de clase, color, estatus social, que Gutiérrez desarrolla por separado); el tipo de norma, norma de clase, norma individual, distinción irrelevante.

Al presentar como variable el tipo de norma, el autor nos deja un poco sorprendidos, pues en la introducción exponía que había elegido sólo el criterio de norma de clase *vs.* norma individual frente a otros cri-

terios de explicación más tradicionales (como permanencia *vs.* temporalidad, inherencia *vs.* accidentalidad, existencia *vs.* apariencia, cualidad *vs.* estado...) porque le resultaba el más útil para explicar los casos innovadores de *estar*. Pero si primero lo tomó como una explicación para determinar los usos innovadores, cómo puede incluirlo luego como factor con el que covariarán dichos usos; si es una variable independiente, ¿en qué se basó el autor para asignar los valores a la variable dependiente? Tal vez encontraremos la explicación si razonamos a la inversa: tomó la norma como variable en la etapa de codificación de los datos y luego se dio cuenta de que era altamente significativa como explicación. Dado que su introducción fue una elaboración posterior, ahí presentará la norma de clase como la auténtica explicación del fenómeno.

En las variables sociales, estableció los dos grupos de la variable sexo, tres grupos para la edad (más de 50 años, entre 30 y 50, y menos de 30), cuatro para el nivel educativo (elemental incompleta, secundaria incompleta, técnica y universitaria) y dos para el nivel socioeconómico (bajo y medio-alto).

Los capítulos 3 y 4 están dedicados a la presentación de los resultados. Dentro de las "Variables lingüísticas" (pp. 67-96), presenta primero los resultados generales del uso innovador de *estar* frente al de *ser*, que constituye un 16% del total, es decir 139 casos frente a 747 de uso prescriptivo. Después, más pormenorizadamente, expone los resultados de la innovación según cada variable lingüística. El factor norma de clase *vs.* norma individual es realmente importante para explicar el uso innovador de *estar*; y la novedad aparece más frecuentemente con los adjetivos de edad, tamaño, apariencia física, evaluativos y otros. "Es posible que el usuario de la lengua distinga entre lo objetivo de la cualidad atribuida al sujeto de la oración a través de la utilización de *ser* y que distinga lo subjetivo de la cualidad atribuida al sujeto a través de la utilización de *estar*" (p. 79). Tal vez sea ésta la razón por la que el uso innovador de *estar* ha tenido lugar en los contextos con estos adjetivos y se irá extendiendo, en etapas sucesivas, al resto de los contextos. En lo referente a las "Variables sociales" (pp. 97-139), el grupo de secundaria incompleta y el grupo de menor edad parecen ser los que presentan los usos más innovadores; las mujeres se muestran más innovadoras que los hombres; y el Grupo 1 del nivel socioeconómico, los empleados no calificados, es más innovador que el Grupo 2, los profesionales y comerciantes.

A la vista de los resultados, en los que el grupo de secundaria incompleta descuella por encima de otros grupos, sorprende que el autor no haya querido aventurar una explicación a este fenómeno. Efectivamente, este grupo es el más numeroso en la comunidad de Morelia y es el que abarca una amplia gama en el mercado laboral. Pero, posiblemente, también es el que más aspiraciones tiene de movilidad, como lo demuestra el hecho de que sea también el grupo que más emigra a Estados Unidos. Hay que plantearnos si no se solapan las variables nivel edu-

cativo y nivel socioeconómico. En otros estudios sociolingüísticos, éstas suelen formar parte de un solo factor, precisamente para evitar este riesgo. La organización de cada variable con una introducción, presentación de los resultados y conclusión resulta un tanto repetitiva; tal vez hubiera sido mejor una introducción única, la presentación de los resultados juntos y un comentario detallado de cada uno de ellos. La consulta de los resultados por hablante me sugirió que un acercamiento a la comunidad de Morelia a través de redes sociales, como hizo Milroy, hubiera sido muy adecuado para observar el comportamiento, sobre todo del grupo de secundaria incompleta o de empleados sin calificar, pues el grado de cohesión de la red pudiera ser un factor para la difusión del cambio. En cuanto a la comparación de los resultados obtenidos en Morelia con los de Los Angeles, el autor observa que las tendencias son muy similares, aunque en Los Angeles el cambio se encuentra en un estado más avanzado. Parece ser que la diferencia fundamental está en los contextos con adjetivos de color y de percepción, que presentaron índices de innovación en Los Angeles pero no en Michoacán.

El capítulo de las “Conclusiones” (pp. 141-147), aunque es muy breve, está muy bien articulado, ya que expone claramente el hilo conductor de todo el trabajo: cómo el uso de *ser* y *estar* en Morelia revela un cambio lingüístico en proceso en el que *estar* amplía su espacio semántico siempre en los contextos *cópula+adjetivo*; cómo se trata todavía de un cambio en las primeras etapas, como lo revela la coexistencia de ambas formas y la proporción aún baja de la forma innovadora; cómo se trata de una manifestación avanzada dentro de un cambio mayor que comenzó en el siglo XII con la disputa de *ser-estar*, y que por esta razón tiene posibilidades de ir en aumento; cómo las mujeres, los grupos más jóvenes y el nivel socioeconómico más desfavorecido son los más innovadores dentro de la comunidad; cómo el nivel educativo influye en el mantenimiento de la variedad estándar y cómo el contacto lingüístico acelera el proceso de cambio. El autor intenta una explicación para la difusión del cambio dentro de esta comunidad de Michoacán y, por último, invita a los investigadores a realizar estudios similares en otras comunidades de México con el fin de confirmar o rechazar las observaciones presentadas por él.

El libro se cierra con una bibliografía y una serie de anexos, nueve en total, donde se presentan los materiales utilizados en el trabajo de campo: la hoja de datos personales, las codificaciones por hablante, la codificación de *ser-estar*, los textos de la evaluación subjetiva así como la hoja de respuesta, el cuestionario y, por último, un mapa de Michoacán. La presentación de los anexos constituye otro acierto del autor, pues el lector puede formarse una idea del rigor con el que se procedió en la investigación. Incluir la explicación de cada una de estas pruebas en el cuerpo de los capítulos habría complicado el hilo argumentativo; pero su no inclusión habría privado al lector de datos sustanciosos sobre los hablantes y sobre la metodología utilizada.

La investigación de Manuel J. Gutiérrez sobre *ser y estar* en el habla de Michoacán, incide en un fenómeno novedoso en nuestra lengua, aporta nuevos datos a la teoría del cambio lingüístico y abre todo un campo de estudio para futuras investigaciones.

M. LORETO FLORIÁN REYES  
Universidad de Alcalá

DORA ESTELA RODRÍGUEZ, y LIDIA RODRÍGUEZ (comps.), *Lenguaje y sociedad. Metodologías y análisis aplicados al habla de Monterrey*. Trillas, México, 1996; 164 pp.

Este libro es el primer resultado de un proyecto de largo aliento, iniciado en 1985, con el fin de dar cuenta del uso del español en una de las ciudades más importantes del norte de México y con tres objetivos bien delimitados, a saber: “el primero y más importante, identificar y describir las diferencias en el habla de los distintos grupos sociales de la zona metropolitana; el segundo, menos enfatizado en nuestra metodología, conocer algunos rasgos regionales del uso del español en esta zona del país; y el tercero, de orden netamente didáctico, utilizar este proyecto de investigación como actividad de aprendizaje” (p. 14).

Así, el habla de Monterrey, enmarcada en una metodología laboviana de gran consistencia, es puesta a la luz de cinco perspectivas: la metáfora, la cohesión y coherencia, la narración, la descripción y la argumentación, atravesadas por marcos teóricos y variables sociolingüísticas diversos —edad, sexo, origen, grado escolar—, que muestran nítidamente la estrecha relación entre la variación en el habla y los factores sociales que la circundan.

Su estructura y organización obedecen a una lógica interna: el habla de Monterrey permea todo el libro, que se articula en una Introducción, seis capítulos y un Apéndice, cada uno en su independencia establece vasos comunicantes con los demás, lo que le da cohesión, armonía y calidad de texto.

Ya desde la Introducción se anuncia un libro con doble función; una didáctica, la otra de apoyo a la investigación y ambas coronadas por un *corpus*, virgen aún, en espera de ser desplegado en sus entretelas: desde la posibilidad de estudiar entonación o rasgos fonéticos y fonológicos del habla regiomontana, hasta penetrar los complejos mundos de la argumentación discursiva. Hay explicaciones sobrias y claras que ponen al lector al tanto del estado del arte de una disciplina todavía joven: la sociolingüística, que se imbrica con otras cuyos linderos a veces son imperceptibles —la sociología del lenguaje, la etnografía de la comunicación, la pragmática, el análisis del discurso—; además de hacer explícitas las metodologías y técnicas con las que entretrejen sus análisis.